



Devoción honda y sentida a la Pilarica

Era como un secreto. Vivían esta preocupación los padres, jóvenes ambos, él Guardia Civil, y sufrían los dos. Uno de sus retoños tenía una enfermedad seria, preocupante, con un horizonte a la vista nada claro. Y pensaron: Si el Santo Padre Juan Pablo II pone su mano sobre la frente de la niña, se curará. Y, si no se cura, llevaremos este peso con más alivio. Con serena aceptación de la voluntad divina. En paz, sosegadamente, confiados en quien puede confortarnos.

Sabían ellos que el Obispo podía recomendar sus preces en el Vaticano y acudieron a mí. Era yo, en aquel momento, Obispo de Palencia, y ellos residían en un pueblo cercano a la capital. Un pueblo castellano, de recias costumbres y una religiosidad honda.

Tras algunas gestiones, nada costosas para quien quiere colaborar con el mayor empeño en una empresa tan noble, tan digna de ser acariciada, y tan abierta a la esperanza, estos padres –amigos ya, en ese momento- pudieron colocarse en primera fila en la audiencia general de un día memorable, y hablaron con el Santo Padre. Más con lágrimas y con suspiros que con palabras entrecruzadas. Y el Papa, conmovido, acarició a la niña, la besó y les dijo unas palabras de aliento.

Sé que esta familia, compuesta también por otro retoño sano y bullanguero, vive de otra manera desde aquel momento. El sigue siendo

Guardia Civil y ella, su esposa, madre de estos hijos, ya del Cuerpo, trajina, se esfuerza, y educa con maternal solicitud a esta pareja que crece de día en día.

Me han llamado, me han visitado en algún momento, a pesar de que la distancia que nos separa es grande, y hasta me han hablado de un destino nuevo, en la frontera zamorana con Portugal con todo lo que comporta este cambio, de ambiente a estrenar y de adaptación al nuevo suelo y entorno.

Dicha familia cristiana sigue adelante, viviendo su fe con alegría, con la mirada puesta en el Señor y con la convicción profunda de que los pasos están siendo orientados por la Virgen Madre.

Como signo de gratitud, más que como obsequio debido, me dejaron un día en casa una imagen pequeña de la Virgen del Pilar, que vela, en mi habitación los sueños de la noche y el despertar de cada mañana. La miro, la veo, le hablo y, de vez en cuando, mi recuerdo vuela a quienes tuvieron la feliz idea de pensar que desde el Pilar, la Virgen Madre, sigue haciéndoles compañía a ellos y a mí. Vela por todos, también por la Diócesis, ya que se da la feliz coincidencia de que Ella era, y sigue siendo, titular de la finca en que se ha construido el nuevo Obispado. Es patrona, por lo mismo, de la Capilla central, y descansa y vela en mi aposento...

Como vela, pienso yo –y pido que sea así- por todos y cada uno de los miembros de la **Guardia Civil**.

A handwritten signature in black ink, consisting of a plus sign followed by the name 'Rafael' in a cursive script.

+ Rafael Palmero Ramos
Obispo de Orihuela-Alicante